

ternidad recíproca, premios con que son coronadas las acciones del mérito, delicias incesantes, que recompensan los sudores empleados en beneficio de la humanidad, y días llenos de transportes por la fruición de un descanso, que con ninguna amargura es perturbado, estos son los frutos que el espíritu vé nacer en el suelo de la Religión Santa. Estas las hermosas plantas bajo cuya sombra descansa. Su verdor, su lozanía, las bellezas que las esmaltan lo entretienen sin sozobra, lo recrean con seguridad, y se le brindan por sí mismas para que al paso que se complace en su vista, extienda también su mano á coger de sus ramas la corona, que ha de ceñir sus sienes en el templo de la única inmortalidad.

Tan alto y sublime es el caracter de la Religión del cristianismo. Ella no solo disipa las fatales obscuridades en que han embuelto al hombre las ridículas fábulas del Paganismo, y los delirios de la heregía sino que lo fixa en todo el sistema de certeza, de rectitud y de grandeza. Su tono magestuoso es el de una verdad comprendida del seno de la Divinidad. Su moral una participación del que es la misma Justicia, y sus promesas las de una Funcionaria, que está sostenida en la fuerza de un brazo Omnipotente, y siempre fiel á su palabra. Su Santuario ha sido erigido por el mismo poderío del que afianzó el universo sobre sus ejes, dió aliento á los seres que lo pueblan, y perpetua sin interrupcion sus prodigiosas alternativas. El Astro que arde, y resplandece dentro de su ámbito es el fuego inmenso que baña con sus luces no solo una limitada extension de cuerpos, sino al espíritu capaz de conocer, de poseer y de ver cara á cara á un Dios. Sus altares cargados de víctimas mas ricas que el oro, y que el diamante sostienen sobre sus aras la inocencia, la piedad, la probidad y la santidad de los que se consagran en ellas por el exercicio de las virtudes. La superchería, la mentira, la capciosidad los vicios todos están desterra-

